

excede), le falta la incomparable potencia descriptiva del primero y la intuición poderosa del último. Asegúrase que las facultades del espíritu humano crecen unas á expensas de otras, y yo no vacilaría en contar como uno de los ejemplos más insignes el de Valera, que con toda su flexibilidad, mil veces demostrada, rinde también su tributo á las leyes del exclusivismo. Su ingenio vivo, razonador y portentosamente fecundo, y su comprensión rápida y clarísima, de que son trasparente espejo las palabras, superan con mucho en vigor á las potencias afectivas, ó como si dijéramos, cordiales. Salvo una ú otra excepción feliz, Valera se aproxima á las llamas del sentimiento y la pasión sin recibir sus influencias; suple con perspicacia lo que no sabe crear; discurre, sutiliza y agota los recursos todos para llegar con su bella frase al fondo del corazón; pero sólo lo conquista de pasada, á viva fuerza y como por asalto. Rebosan de su pluma el donaire y la elegancia, no los raudales del llanto consolador.

Otro inconveniente le nace de su mucho saber: el de modelar los personajes á su propia semejanza, haciéndoles á todos igualmente discretos, elegantes y cultísimos, y poniendo en sus labios el idioma de los héroes y los dioses. De aquí la uniformidad del diálogo, en el que nunca desaparece la figura del autor; de aquí la escasez de movimiento y vida. Valera tiene en su mano el poder incondicional de producir la belleza plástica, y la que se deriva del estudio, la ingeniosidad y los refinamientos artificiosos, sin remontarse á las alturas de la sublimidad verdadera.

Esta limitación de facultades, que no es justo se compute entre los defectos, en nada obsta al significado altísimo de *Pepita Jiménez* y otras hermanas de origen, ni á que su común progenitor ocupe uno de los lugares de preferencia, no compartido con modelos ni discípulos, entre nuestros grandes novelistas y prosadores contemporáneos.



CAPÍTULO XXVII

LA NOVELA CONTEMPORÁNEA

Pérez Galdós 1.

CREEN algunos, con error palmario, que el innegable florecimiento de la novela española en nuestros días tuvo por causa la crisis política y religiosa de 1868, y citan como prueba (la única que merece discutirse) el carácter, la época de publicación y las tendencias novísimas y francamente revolucionarias de cuanto ha escrito el autor de *Gloria y Mariacela*, D. Benito Pérez Galdós. Comienzo por confesar que todo ello hubiese sido más raro ó más difícil algu-

¹ Nació en Las Palmas (Islas Canarias) el año 1845. Después de terminar los estudios de segunda enseñanza, vino á Madrid (1863) y cursó la carrera de leyes. Poco antes de la revolución de Septiembre comenzó á escribir para el público, aunque sin fijar definitivamente el centro de sus oscilantes inclinaciones literarias. Desde que salió á luz *La fontana de oro* hasta el presente, Galdós no ha cesado de trabajar: el crecido número de sus novelas no le ha permitido ser otra cosa que diputado casi meramente honorario con los fusionistas. Es íntimo amigo de D. José María Pereda, afable y corto de genio, enemigo de las exhibiciones aparatosas, y tan revolucionario en las ideas como saben los que han leído cualquiera de sus obras. Los panoramas que sirven en ellas de fondo están vistos y sentidos de cerca, y su ordenada sucesión señala los lugares donde el autor ha tenido su residencia y observatorio, fijados en Madrid por mucho tiempo, después en Toledo, escenario de *Angel Guerra*, y actualmente en Santander.

nos años antes, aun cuando bien sin trabas corrían, durante la dominación moderada y la unionista, los más absurdos engendros de Sué y Jorge Sand; pero el punto de la dificultad no está ahí: está en demostrar que el arte hubiese perdido con esa relativa coacción de la autoridad y las costumbres, y que Pérez Galdós no pudo ser un buen novelista sin ser al mismo tiempo el antipático defensor de disolventes ideas, cuyo alcance quizás no comprende. No sólo se distinguen esos dos respectos, sino que el uno estaría perfectamente sin el otro, pues las pasiones extrañas al arte no han hecho más que torcer una inspiración tan fecunda y opulenta.

Así, tengo por una circunstancia fortuita el que haya sido en 1871 cuando se publicó la primera novela de Galdós, pues ni en ella ni en las que inmediatamente le siguieron hasta *Gloria* aparece de relieve la tendencia á resolver (ó á involucrar) problemas sociales y religiosos, y cuando se publicó *Gloria* había pasado ya la época de la revolución. Ciertamente que allí se siente latir su espíritu, y que en este libro germinan ideas anteriormente sembradas en el campo de la discusión; pero si la influencia es innegable, no lo es menos que debe reputarse dañina y perjudicial por un lado, y por otro perfectamente inútil. Pereda, por ejemplo, no ha necesitado, para ser quien es, apelar á tales recursos.

He aludido á la primera obra de Galdós, y con esto quiero significar su primer novela; pues, aunque ya apreciado como escritor elegante, crítico y humorista de buena ley, al aparecer *La fontana de oro* y *El audaz*¹, se dejó aparte todo cuanto no fuera admirar al restaurador de nuestra decadente novela. No son éstas sino las primicias de Galdós, y valen, más que como realidad, como promesa cumplida hasta cierto

¹ *El audaz, historia de un radical de antaño*. Madrid, 1871. Publicado antes en la *Revista de España*.

punto en los *Episodios nacionales*, cuyas dos series completó con increíble laboriosidad en el espacio de seis años (1879-1883)¹, beneficiando en ellos un tesoro inexplorado y abundantísimo; la epopeya de nuestra lucha con Napoleón, cantada por nuestros líricos más insignes, pero de que se habían acordado poco los novelistas. Alcanzaban mucha boga en Francia los *Romans nationaux*, de Erkmann-Chatrion, con sus brillantes escenas y sus fieles reproducciones históricas, así del período revolucionario, como del Imperio y la Restauración, y otras más modernas y candentes, en que no quisieron los narradores ocultar sus ideales abiertamente democráticos. Deseoso de hacer lo mismo con las glorias españolas, imitó Pérez Galdós el propósito, no los procedimientos, y eligió un cuadro más breve y estrecho, descendiendo en él hasta los más insignificantes pormenores y apurando los recursos de la descripción.

De las dos series que componen los *Episodios nacionales*, la primera abarca principalmente el período que corre desde el alzamiento de 1808 hasta la venida de Fernando VII á España; pero antes traza el autor un bosquejo del espíritu y las costumbres dominantes, en que sirven de fondo la Corte de Carlos IV, la batalla de Trafalgar y la misteriosa caída del favorito Godoy. El personaje principal, quiero decir, el que habla en toda esta serie, es un veterano oscuro, Gabriel de Araceli, nacido en Cádiz, educado entre la licencia

¹ PRIMERA SERIE.—I. *Trafalgar*.—II. *La Corte de Carlos IV*.—III. *El 19 de Marzo y el 2 de Mayo*.—IV. *Bailén*.—V. *Napoleón en Chamartin*.—VI. *Zaragoza*.—VII. *Gerona*.—VIII. *Cádiz*.—IX. *Juan Martin el Empeinado*.—X. *La batalla de Arapiles*.

SEGUNDA SERIE.—I. *El equipaje del Rey José*.—II. *Memorias de un cortesano en 1815*.—III. *La segunda causa*.—IV. *El Grande Oriente*.—V. *El 7 de Julio*.—VI. *Los cien mil hijos de San Luis*.—VII. *El terror de 1824*.—VIII. *Un voluntario realista*.—IX. *Los apostólicos*.—X. *Un faccioso más y algunos frailes menos*.—La edición de lujo de los *Episodios nacionales*, ilustrada por los hermanos Mérida, comenzó á publicarse por entregas en 1881 y terminó en 1885.

de los barrios bajos, y que, después de entrar al servicio de un capitán de marina, D. Alonso Gutiérrez de Cisniega, asiste al combate de Trafalgar, siendo testigo de aquel glorioso desastre. Sus inquietas aspiraciones le llevan á Madrid, donde tiene por ama á una cómica del teatro del Príncipe, la Pepita González, conociendo así muy de cerca *la Corte de Carlos IV*, la fusión lenta de las clases sociales, los enredos de Palacio, los trapicheos y aventuras de la aristocracia histórica y las intrigas de las compañías teatrales. Esta situación le pone en contacto con una condesa tan encoquetada como liviana é intrigante, que á la postre resulta ser la madre de una pobre niña, novia de Gabrielillo, y que con su amor le empuja á desafiar todos los rigores de la fortuna. El héroe pasa por una serie de vicisitudes larga de contar, y, consagrándose á la milicia, toma parte en casi todos los hechos de armas principales de la guerra contra Napoleón. En la historia amorosa de Gabriel con Inés se encierra un drama con sus peripecias de duelo, rapto y *anagnorisis*, y que coincide con el del campo de batalla en los obstáculos y el desenlace.

La caída de Godoy, el 2 de Mayo de 1808, el heroísmo de generales, guerrilleros y plebe, las explosiones de la elocuencia en las Cortes de Cádiz, lo grande y lo pequeño de aquel agigantadísimo período, aparecen ante los ojos confusa, aunque enérgicamente evocados por la pluma del novelista.

No recordaré aquí las figuras accesorias que sucesivamente van complicando la acción; pero hay en esta primera serie de *Episodios* uno en que Araceli cede la palabra á su amigo Andrés Marijuán, y por el que corre un aliento sanamente realista. La relación del sitio de Gerona es la epopeya lúgubre del hambre en cuadros de admirable maestría, ya se atiende al interés vivísimo que despiertan los personajes, ya al vigor y colorido con que están retratados, ya al agrupa-

miento, el contraste y la perfección de las escenas. Nada tan elocuente para formar idea cabal de lo que fué aquel glorioso asedio como estas páginas, llenas de verdad y de pasión, donde se ven y se palpan las figuras gracias á su vigorosa plasticidad. Las interioridades del hogar doméstico invadidas por la miseria; la familia de inocentes huérfanos, á par de la que componen una joven enferma y su padre, cuyo supersticioso amor á la hija de su alma cobra las proporciones del delirio calenturiento y de la ferocidad sublimemente salvaje; la mezcla de lo cómico y lo trágico en la caza de ratones en que se emplean los dos niños Manolet y Badoret; la irrupción de los animalejos acaudillados por Napoleón, y la estratagema con que es atado por el rabo su majestad imperial; las alucinaciones pueriles, forma del patriotismo, y la lucha titánica entre el valor indomable y el instinto de conservación, sirven al novelista para agrandar hasta lo sublime la realidad histórica, y la hazañosa leyenda del Gobernador Alvarez de Castro. El lector olvida que le está hablando Andresillo Marijuán, y vuelve insensiblemente la atención al narrador verdadero, sin atender tampoco á las excusas y protestas de Gabriel de Araceli. Pero esto de la forma autobiográfica que Galdós tuvo á bien adoptar, pide comentario aparte.

Sin duda encontró en ella algo que le deslumbró y le hizo desconocer los graves tropiezos á que le exponía irremediabilmente. Ventaja es que en lugar de explicarse el autor por sí mismo, aunque valiéndose de la historia, nos haga presenciar los hechos, dándonos una prenda de fidelidad en lo abonado del testigo que vió todo cuanto relata, y no tiene necesidad para hacerlo de acudir á otra fuente distinta de su memoria. Pero en cambio, ¡cuán inverosímil no parece que escriba como escribe, teniendo en cuenta su nacimiento, vicisitudes y profesión, y que se haya encontrado siempre en las circunstancias mejores para ver y apreciar

los sucesos! ¡cuán inverosímil que en su humilde condición alcance los móviles ocultos y los pormenores para él humanamente incognoscibles!

Además, aunque esto no va sólo contra la forma autobiográfica, sino también contra el afán de desenvolver una sola acción en muchos volúmenes y entre un sinnúmero de incidentes completamente extraños á la misma, ¿cómo suponer que el héroe llegue siempre á tiempo y en sazón á todas partes, que se mueva de una á otra con holgura y libertad inconcebibles, y que entre los horrores de la guerra le sobre tiempo para ver ó representar tan distintos papeles? A la vez, el argumento, principal ó secundario, pues no sé en realidad cómo llamarle (quiero decir, los destinos de Gabriel de Araceli), camina con una lentitud soñolienta, que hace perder casi del todo la atención, entretenida en más interesantes objetos. De aquí que el propio Gabriel, Inés, Amaranta y todos los actores de este drama aparezcan siempre á última hora y como por escotillón, que sus fisonomías estén envueltas en infranqueable penumbra, y que no pueda uno, después de tanto ir y venir, ni conocerles, ni interesarse por ellos.

Al protagonista de la primera serie le falta talla; el de la segunda es positivamente antipático á pesar de las mañas habilidosas con que Galdós pretende idealizarle. Salvador Monsalud, hijo espurio de D. Fernando Garrote, afrancesado por temperamento y por el poder de las circunstancias, y amante de la hermosa Jenara, la prometida de Carlos Garrote, encuentra en éste, y por distintos conceptos, un formidable rival. La inquina entre los dos hermanos es tenaz, rencorosa y á muerte; está como unida á su ser, identificada con la estrella de su destino, y recibe calor é incremento de las encontradas opiniones políticas á que rinden culto. Monsalud, calculador y reflexivo, tiene concentrada en la cabeza las energías del corazón, y no se apasiona

por ninguna cosa; Navarro es la personificación del fanatismo por un ideal: ceñudo, áspero é inquebrantable, pero capaz de amar y de sentir. El uno es la serpiente astuta que sabe fingir y resguardarse; el otro es el león enfurecido que necesita la lucha para vivir. La historia de los dos, lo mismo que la de cuantos se relacionan con ellos, reproduce en breve la de toda España, al revés de lo que sucede en la primera serie de los *Episodios*, y de ahí que no deban aplicárseles en rigor los mismos reparos y observaciones.

El capítulo de los cargos que pudieran hacerse á las dos figuras culminantes y á las que con ellas se relacionan, sería interminable y de mucha gravedad. Con no distinguirse Galdós como creador de grandes caracteres, jamás los ha producido tan imperfectos y contradictorios. Se necesitaría un volumen entero para notar las antítesis á que van sometidos por el falseamiento de la lógica ó por la pasión sectaria. Con los rasgos generales que parecen propios de Monsalud y Garrote, hay otros diametralmente opuestos que ponen en tortura el espíritu del lector menos avisado. Salvador Monsalud siente hacia Jenara una pasión ardiente que en ocasiones se trueca en desvío inexplicable; expone su vida y sus más caros intereses por defender ideales en que no cree; es á la vez liberal exaltado y escéptico menospreciador de todos los partidos; aborrece á su enemigo Garrote, y pone en juego todos los medios de salvarle con una abnegación desinteresada, que sería admirable si no resultara absurda. Parece que el ingenio de Galdós se complace en colocar frente á frente á los dos adversarios, y en pintar repetidas veces como irremisible el choque, para sortear la dificultad, perdonando la vida á entrambos generosamente. A Garrote en cambio le toca pagar las malas intenciones del novelista, que se ha empeñado en hacer de él una caricatura de brocha gorda, ó más bien un borrón de tinta, aunque en opuesto

sentido que Monsalud, una fiera sin entrañas que paga en odio los beneficios, y un fanático sin convicciones. De Jenara, la heroína conspiradora, que ha ganado las simpatías del autor sólo por ser guapa y discreta..., habría mucho que hablar: es fuerte cosa absolver así á una pecadora tan impenitente. Galdós atendía, sin duda, á su conciencia de historiador y novelista, y halló fácil otorgar la misericordia de que él mismo necesitaba. Porque el tipo de la dicha señora no cede en materia de contradicciones á los de Carlos y Salvador; la famosa partidaria del absolutismo se entretiene en facilitar la fuga de los revolucionarios, dice pestes del partido en que milita, y á la postre reúne en sus salones á la flor y nata del doctrinarismo moderado.

Los personajes accesorios no lo son tanto que á veces no ocupen por largo tiempo la atención de los lectores: tal sucede con Pipaón, el cortesano venal; Patricio Sarmiento, encarnación del progresismo cándido, ignorante y populachero; Gil de la Cuadra y su hija Sola, D. Benigno Cordero, Pepet Armengol, Sor Teodora de Aransis y otros por el estilo. La trama se desenvuelve con más rapidez é intención que en la serie primera, y hay allí, no uno, sino muchos pasajes abiertamente románticos por lo ideal y extraño de las aventuras, y desembozadamente revolucionarios por la tendencia. No niego que haya podido existir ese monstruo de hermosura, de hipocresía y de crueldad que ha querido encerrar Galdós en un convento; pero la alevosía calculada con que procura la muerte del cabecilla es inverosímil, y sólo puede creerse en su posibilidad como se cree en el de las aberraciones humanas. Galdós da al traste en esta serie de los *Episodios nacionales* con la seriedad, con la buena fe y con los procedimientos de observación directa, para deslumbrar con otros que no me atrevo á definir, convirtiéndose en imitador de Fernández y González y Ayguals de Izco.

La lectura de una obra tan imperfecta sólo alcanzará á satisfacer el gusto de los que en ella busquen un entretenimiento, bueno ó malo, sin detenerse en la consecuencia de los caracteres, y en otras cualidades que no sean el interés burdo de la intriga, y el vertiginoso espejismo engendrado por la sucesión y variedad de las decoraciones.

Demuestran los *Episodios nacionales* una fecundidad á toda prueba, como que constan de más de siete mil páginas y se escribieron en menos de seis años, dejando libres las facultades del autor para alternar esta publicación con la de otras novelas todavía más leídas y menos dignas de serlo. *Doña Perfecta*, *Gloria* y *La familia de León Roch*; trinidad esencialmente una, más que por la filiación artística, por el deplorable espíritu y las abominables aspiraciones que representan, dieron la vuelta á España en alas de la celebridad, hija del escándalo, despertando, no las conciencias dormidas, como dicen ciegos y sistemáticos admiradores, sino los fatales gérmenes esparcidos, en hora menguada, por el soplo de las revoluciones.

*Doña Perfecta*¹ es el cumplimiento del programa en una de sus partes; es un conato infeliz que tiende á demostrarnos la incompatibilidad de la fe católica con los deberes maternales; y no se diga que semejante propósito no está declarado allí, porque lo está de hecho y de un modo inequívoco, pese á todas las atenuaciones y reticencias. ¿Qué significa, si no, el principal personaje de este drama sangriento? Para quien no cierre los ojos á la luz, doña Perfecta no es un tipo ideal y escogido al acaso, sino que representa y supone otros muchos en la intención del autor; y digo solamente en la intención del autor, porque en la realidad no se ven sino muy contadas veces. Y si es un monstruo una madre que para nada tiene en cuenta la feli-

¹ Madrid, 1876.

ciudad de su hija, ¿qué diremos de las peripecias que dan vida á la narración, y muy especialmente del asesinato de Pepe Rey? Yo no creo que haya presenciado un caso parecido el novelista; pero, aunque así fuera, ¿cómo no reparó en que una novela con ínfulas docentes debe ante todo no desentenderse de la lógica, como él se desentiende, al demostrar la regla por la excepción, la intrínseca maldad de las creencias por los supuestos crímenes de algunos creyentes? Todas las figuras de este escenario, que debía colocar el autor en Sierra Morena, son indiscutiblemente absurdas, y por serlo tanto no permiten fijar la atención en tal cual belleza episódica. Rosario, la novia de Pepe Rey, encabeza la serie de esas heroínas soñadas por Galdós, cuya personificación, tan tristemente célebre, no diré en la literatura, sino en la crónica escandalosa de España, lleva un nombre para nadie desconocido: se llama *Gloria*.

Cuando apareció la primera parte de esta novela ¹, lanzaron un grito de triunfo los periodistas y gacetilleros de la revolución; aquello fué un echar las campanas á vuelo y la casa por la ventana, una orgía de elogios, comparaciones y ditirambos. Lo que no alcanzó el mérito de los *Episodios nacionales*, lo alcanzaron las tendencias disolventes de *Gloria*, y una oleada de popularidad vino á levantar sobre las nubes al desde entonces adalid de la heterodoxia en la novela, al enemigo ardiente del dogma católico y de nuestras costumbres tradicionales por él informadas.

Basta enunciar el argumento para ver lo que hay en él de fantasmagoría ideal inventada á capricho, y con propósitos muy ajenos al arte. Gloria es una joven inquieta y descontentadiza, por no decir más, á la que sólo falta el birrete del doctorado y los pantalones para

¹ Madrid, 1877.

poder entrar en las Academias y los Ateneos; es el espíritu de la contradicción y la pedantería, frente á la candidez y el apocamiento encarnados en un tío suyo obispo, por nombre D. Angel Lantigua, que habla con ella de teologías, *latitudinarismos* y otros excesos. El hermoso ángel con faldas tiene tanto del serafín en el amor como de querubín en la ciencia, y héte aquí que se presenta en Ficóbriga (pueblo de la geografía moral lindante con los cerros de Úbeda y las Batuecas) un desgraciado náufrago, judío por más señas, que al elevar sus ojos á Gloria encuentra... cuanto deseaba. De estos amores resulta lo que era de esperar: una criatura, que es el cuerpo del delito, choque entre la pasión y los intereses religiosos, lances románticos en que el novelista siempre se pone, ya se ve, del lado de los *inocentes*, y descarga tajos y mandobles contra el descarado *fanatismo*.

Los caracteres, que son en su mayoría de brocha gorda y sin ningún atractivo, representan, para la crítica racionalista, todo lo que su autor pretende, resultando de aquí, según ella, una catástrofe inevitable, bellísima y de significación profunda por lo mismo que no está buscada artificiosamente, sino fundada en la realidad de las cosas. Encomios tales no tienen fundamento ni disculpa; porque ¿dónde está el necesario enlace entre los amores trágicos de Gloria con Daniel Morton, y la verdad dogmática, intransigente de suyo? ¿No se ve que por este camino se pueden escribir sendas obras contra todas y cada una de las virtudes, sin excluir el pudor y la decencia, pues ambos se oponen muchas veces á los deseos de una pasión? Por otra parte, ¿qué gentes y qué cosas tan extrañas y nunca vistas las de la famosa novela! ¿Cómo admirarse de los desatinos que se propalan en el Extranjero sobre nuestras costumbres, cuando esto escribe, no sé por qué, un hombre que hace profesión de describirlas y de tan robusto y eminente ingenio? Con razón sobrada dice Me-